



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LOS MIEMBROS DE LA FUNDACIÓN PAPAL

Lunes 8 de abril de 2002

Queridos amigos en Cristo:

Con la alegría pascual de la victoria del Señor sobre el pecado y la muerte me complace saludaros a vosotros, miembros de la Fundación Papal, durante vuestra peregrinación anual a Roma. "A vosotros gracia y paz, de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo" (*Rm 1, 7*).

Estas palabras del apóstol san Pablo nos recuerdan que nuestro mundo presenta muchas pruebas evidentes de la necesidad urgente que tiene la humanidad de la gracia y la paz de Dios. Aún se puede constatar las consecuencias dramáticas de los trágicos eventos del 11 de septiembre. La espiral de violencia y la hostilidad armada en Tierra Santa -la tierra donde nació, murió y resucitó nuestro Señor, una tierra considerada sagrada por las tres religiones monoteístas- se ha incrementado hasta alcanzar niveles inimaginables e intolerables. En todo el mundo hombres, mujeres y niños inocentes siguen sufriendo los estragos de la guerra, la pobreza, la injusticia y la explotación de todo tipo.

En efecto, vivimos diariamente una situación internacional muy difícil. Pero la victoria del Señor y su promesa de permanecer con nosotros "hasta el fin del mundo" (*Mt 28, 20*) son faros de luz que nos iluminan para afrontar con valentía y confianza los desafíos que se nos presentan. La Fundación Papal, gracias a la generosidad de muchas personas, permite realizar obras necesarias en nombre de Cristo y de su Iglesia. Por eso os estoy muy agradecido: con vuestro apoyo, el mensaje pascual de alegría, esperanza y paz se proclama más ampliamente.

Os aseguro que vuestro amor y vuestra adhesión a la Iglesia y al Sucesor de Pedro son muy apreciados. Mientras seguimos avanzando juntos por el camino de luz, os aliento a continuar en

vuestro generoso compromiso, de forma que "los hombres vean vuestras buenas obras y glorifiquen a Dios" (cf. *Mt* 5, 16). Encomendándoos a la intercesión de la santísima Virgen María, de la que todos somos hijos (cf. *Novo millennio ineunte*, 58), os imparto cordialmente mi bendición apostólica a vosotros y a vuestras familias como prenda de alegría y de paz en el Salvador resucitado.